

LA VÍA INICIÁTICA EN POS DE LA CONSCIENCIA LO NUCLEAR Y LO MENTAL

Todo tiene su núcleo. Podríamos definirlo como aquella parte de cada cosa a partir de la cual se desarrolla todo el conjunto. Así lo nuclear del árbol sería el fruto, de la hierba la semilla, de todo ser vivo la célula y de ésta sus moléculas, compuestas a su vez de átomos, que son los ladrillos de toda la materia.

Hoy sabemos que los átomos son un enjambre de electrones, y que es la interacción de campos electromagnéticos la que impide que dos átomos ocupen el mismo espacio, dando así la sensación de solidez a todas las cosas del Universo. Y sabemos también que esta sensación no es sino una vana ilusión, pues la nube electrónica de cada átomo es como una inmensa superficie esférica vacía que custodia al diminuto núcleo atómico, sede de la práctica totalidad de la masa del átomo y por lo tanto de nuestra materialidad.

Pasemos ahora del microcosmos al macrocosmos. Observemos la belleza de nuestro planeta azul desde el espacio y alejémonos de él. Emerjamos de nuestro sistema planetario y veremos que está formado por un conjunto de astros que giran alrededor del Sol. Si continuamos nuestro vuelo sideral podremos ver que todo nuestro sistema planetario pertenece, a su vez, a otro sistema de índole superior, nuestra galaxia, la Vía Láctea, de cuyo núcleo misterioso, que la ciencia supone que es un "agujero negro", emanan todo tipo de radiaciones.

Podríamos iniciar después un vuelo intergaláctico, y visitar miles de galaxias hermanas, pero nunca podríamos encontrar el núcleo común a todas ellas: el Centro del Universo. Pero no porque no exista, sino porque está en otra dimensión, ya que la ciencia piensa, desde Einstein, que el Universo es una hiperesfera de cuatro dimensiones. Pero ni siquiera esto sería el final, puesto que algunos científicos opinan que pueden existir otros universos paralelos al nuestro, con su propio espacio-tiempo, conformando así un Orden Cósmico cuyos misterios los humanos apenas empezamos a entrever.

Pero sí vemos que tanto el microcosmos como el macrocosmos pueden asimilarse a esferas, y que cada una de ellas tiene su centro, aunque sea un centro misterioso que la ciencia no puede todavía comprender. Parece por tanto que la teoría medieval europea del Cosmos como una «Armonía de las esferas» no andaba tan desencaminada, ni

tampoco la milenaria filosofía taoísta, con su famoso símbolo del *Tao* integrando las fuerzas duales del *Yin* y el *Yang*.

Y ello porque, como hemos visto, tanto si se trata de analizar lo infinitamente grande como lo infinitamente pequeño, todos los ingredientes fundamentales de lo que llamamos nuestra realidad forman círculos sobre un plano o esferas en el espacio, por lo que podemos llegar fácilmente a la conclusión de que toda estructura básica imaginable es igualmente esférica, siéndolo, también, todas y cada una de nuestras pequeñas o grandes imágenes mentales. Esto nos conduce a la conclusión de que nuestro propio movimiento (físico, social, filosófico o religioso) es forzosamente circular (o esférico), lo que nos impide llegar a ningún centro.

En efecto, sabemos que cualquier objeto aparece en el campo de percepción según el marco de referencias de quien observa: si cambia éste, cambia también la "realidad" de la observación. Y al aparecer el tiempo, que es el marco de todo movimiento, todas las cosas se "estiran" y los círculos se transforman en espirales, ocultándonos la misteriosa realidad central.

El mundo material no puede ser experimentado en profundidad porque todo cuanto somos capaces de percibir lo vemos desde -y en- la "superficie" de las esferas o espirales de la emoción, y esto por una sola razón: en realidad nada existe más que en forma de una condición. Comprendemos que el horizonte no es un lugar, sino una condición; y lo mismo ocurre con todas las cosas, aunque ello nos resulte menos evidente. De la misma manera que se puede disfrutar de una puesta de sol... pero sin poder acercarse un solo paso al horizonte, así también podemos disfrutar en nuestro mundo del sabor de una fruta o incluso de una caricia ... pero sólo como observadores externos. Después de cada experiencia nos queda el amargo sabor de no haber podido llegar al fondo, al encuentro con la realidad última desde la cual se produce el fenómeno. Y es que los sentidos humanos, como las ruedas de un automóvil, están diseñados para caminar por la "superficie" de todas las cosas.

La cuestión que cabe plantearse es si podría resultar factible cambiar el sistema (la conducta o el comportamiento), abandonando el continuo movimiento circular para iniciar el "camino hacia el centro" y, si esto fuera posible, analizar dónde nos llevaría este camino.

Según lo que acabamos de decir, el hombre existe en un mundo dual formado por esferas sin poder evitar moverse (existir) más que en

la "superficie" de todas las cosas, porque nos movemos siempre dando rodeos más o menos inconscientes y, por lo tanto, evitando el "centro" de las cosas y por consiguiente de la vida misma. No obstante, algo empieza a cambiar en el hombre de hoy. Algo ocurre en este tiempo que vivimos que nos obliga a reconsiderar la eficacia (rentabilidad) de nuestras andanzas por la vida; y este algo no es sino el resurgir de la Consciencia.

Incluso en política, que suele ser la más elemental manifestación del caminar humano dando rodeos, se empieza a considerar el centro de toda ideología con un cierto y misterioso atractivo. Van siendo cada vez menos quienes se inscriben en los extremos de cualquier signo (que en el fondo son lo mismo). Pero apresurémonos a decir que este centro político o social es un falso centro, porque sigue estando en un punto, convencionalmente medio, en la superficie del globo social. Nosotros hablamos de otro CENTRO: aquel punto hipotético desde el cual equidistan todos los demás, cuando forman líneas o superficies curvas completas y cerradas. Sólo en aquel lugar puede haber equilibrio, quietud, visión globalista y comprensión de la Realidad.

Los beneficios (o perjuicios) humanos, en cambio, están siempre en los torbellinos que suelen producirse en la superficie de las cosas. Allí es donde se asienta nuestra percepción y, por tanto, nuestros intereses. Lo otro, la búsqueda del Centro, es una cuestión de místicos, filósofos o "locos", a quienes les importa mucho menos el brillo que el abrillantador; no obstante y paradójicamente, nuestra sociedad se encamina hacia un estado en el que cada vez habrá menos tiempo para el trabajo (para dar vueltas) y, por tanto, más para la reflexión. Y es el pensamiento, no el trabajo con la materia, quien descubrirá las huellas que revelan la existencia de una Realidad Central.

De momento todavía estamos lejos de alcanzar esta meta de forma colectiva; y quizá jamás logremos alcanzarla del todo desde nuestro cuerpo material. Nadie nos ha desvelado todavía dónde se halla el núcleo de los núcleos. Por mucho que busquemos, más allá de los frutos, más allá de las semillas, más allá de los núcleos atómicos, no hallamos el núcleo de los núcleos. Sin embargo existe, como veremos enseguida, y no es sino la idea, el proyecto concebido por la mente y plasmado por un acto de voluntad. No puede ser de otra forma, porque pensar en algo ya es el núcleo de los núcleos de una realidad potencial.

El centro de un círculo o de una esfera que se manifiesta en nuestra dimensión tienen el mismo valor de realidad que el horizonte. Sólo

nos sirven para ubicarnos en las condiciones precisas de tiempo y espacio. Si después de marcado el centro de un círculo con una X descendemos a él con un microscopio, cambiamos el marco de referencias y ya no tendremos ni círculo ni centro. Pero como cuando la materia alcanza su límite el pensamiento llega un poco más allá, desde allí podemos seguir trazando nuevos círculos y nuevos centros, hasta llegar al átomo con su propio centro nuclear.

Y así como desde los albores de la física cuántica se comprendió que la aparente solidez de los átomos es una vana ilusión, recientemente los físicos comienzan a darse cuenta de que la realidad de los mundos nucleares, sede de toda la materialidad, es una realidad secundaria: no es sino el foco que proyecta la mente. Así como los geógrafos supieron comprender que la línea del horizonte no estaba en ningún lugar, aquella magistral frase «los pensamientos son cosas» empieza a tomar cuerpo científico, porque vivimos en un momento en que la ciencia intuye que el universo sólo es el punto de vista de la consciencia observadora.

La física cuántica, tal como la interpreta la corriente "oficial", parece indicar que la realidad puede describirse adecuadamente como mero producto del azar. Pero Einstein se opuso a esta concepción con su famosa frase «Dios no juega a los dados» y, junto a Podolsky y Rosen, planteó un experimento para probarlo, un experimento que se ha llevado a cabo en diversas ocasiones a partir de la década de los setenta. Y lo que se ha constado es que las "partículas" elementales, es decir, los fermiones (lo que se manifiesta macroscópicamente como materia en sus **4 estados**) y los bosones (los transmisores de las **4 fuerzas** del universo material) están en íntimo contacto aunque las separe una distancia de años luz. Esto puede explicarse si las **4 dimensiones** del espacio-tiempo, con todo lo material contenido en él, son una realidad secundaria, no primaria, que aparece al plasmarse energía surgida del "vacío", como proponen los físicos Jack Sarfatti y John Whiler. Este "vacío", donde "reside" el poder que estructura el universo material, sería como un océano cósmico de energía infinita, y tendría 10 dimensiones según la novísima teoría de las "cuerdas" (y por tanto 7 agrupando en una las del espaciotiempo). David Bohm, discípulo de Einstein, concibe este océano cósmico como una Totalidad Indivisa, "lo que Es" o la Consciencia. Y la filósofo y físico Danah Zohar propone en concreto que es la consciencia humana, en un acto de libre voluntad, la precursora de los bosones en el universo. Andrei Linde, físico cosmólogo, exclama: «El universo sin nosotros estaría muerto.»

Parece pues como si toda nuestra realidad ocurriera dentro de una gigantesca pantalla de televisión: todo depende del observador; cuando éste la apaga, no hay nada. El mundo del pensamiento es el precursor del mundo de la materia y por lo tanto es más "real" que éste. La diferencia estriba en que el universo material se modela con multitud de herramientas y el del pensamiento con una sola: la mente. El núcleo de todos los logros del hombre es pues la mente, y el universo mental es la antesala del universo material y tecnológico que tantos adoradores tiene en nuestra cultura.

Se nos puede objetar que en el universo hay cosas que no han sido pensadas y que sin embargo existen. Pero a esto podemos contestar con otra pregunta: ¿qué nos hace pensar que sea el nuestro el único pensamiento creador? Y aún podríamos plantear la pregunta de otra manera: ¿qué nos hace suponer que la Consciencia se proyecta únicamente a través del cerebro humano?

Claro que podemos seguir preguntando qué es esa Consciencia que estructura la mente. Pero la flecha de la razón humana indica sólo un camino, muestra una dirección pero no nos permite por sí misma alcanzar la meta. El sentido que nos indica la flecha es el de la Realidad Central (Dios), no el del universo material, con sus candilejas multicolores repletas de tecnologías fugaces. Éste no es, ni más ni menos, que una trampa, una trampa o un filtro polarizador, una especie de válvula de seguridad para que no pasen cuerpos extraños, intrusos que con su obsesivo materialismo harían peligrar el universo de las grandes creaciones que emanan del Ser.

Con todo lo dicho se comprenderá que cuando hablamos de centros no hablamos de cosas físicas, de lugares en la superficie de planos, ni siquiera del espacio oculto en el interior de la materia. Los centros materiales (visibles o invisibles) de cualquier objeto o situación pueden seguir siendo visitados por los sentidos humanos (o por herramientas que incrementan su capacidad de percepción) y, por tanto, continúan encontrándose en la superficie. Utilizamos estas palabras como una metáfora que pretende acercarnos racionalmente a otra posible realidad, a ías puertas de otra dimensión que muy pocos seres humanos han llegado a experimentar.

La mayoría de los hombres y mujeres parecen estar mucho más interesados en dar vueltas y goce a los sentidos que en descubrir la realidad última en la que están inmersos, porque, como ya hemos dicho, de los rodeos se sacan beneficios materiales. Y si las vueltas se convierten en torbellinos espirituales, tanto mejor para los depredadores del alma.

Y aquí aparece una de las palabras claves, pues pensamos que el alma es el Centro del hombre en cuanto a unidad biológica. Quizá no podamos llegar plenamente a la comprensión total del alma humana desde la razón, como tampoco podemos alcanzar el horizonte con la mano; pero podemos andar hacia ambos. Caminar hacia el Centro del hombre es hacer camino espiritual, del mismo modo que caminando hacia el horizonte se expanden las fronteras geográficas y se consiguen logros científicos o económicos.

Las dos fuerzas fundamentales de nuestro pensamiento -mecánico y filosófico- son la centrípeta y la centrífuga, que nos recuerdan dos direcciones en el camino de la vida. La primera conduce hacia el Centro, hacia el Sol, lugar desde el cual emana la vida y la luz; la segunda conduce hacia el exterior, hacia fuera, hacia el reino de la oscuridad cósmica. Este fenómeno material y a la vez espiritual, como todos los grandes enigmas del alma humana, nos depara una enseñanza, pues todo cuanto aparece a nuestros ojos no puede ser otra cosa que lo que desde el Centro del hombre se sueña y se proyecta.

El hombre que es atraído por la materia trata de salir hacia el exterior y materializa sus anhelos construyendo máquinas o mecanismos centrífugos, que le conducirán, cada vez con mayor rapidez, hacia fuera, hacia el insondable vacío que proyectamos en el universo al alejarnos de sus núcleos siderales. Dicho de otra forma, pensamos que la ciencia o la tecnología son útiles sólo en la medida que sirven para disipar las tinieblas (la materia) que nos separan del mundo espiritual (inmaterial o transmateria). En cambio el hombre que camine hacia el interior, hacia el alma de todas las cosas, encontrará los patrones necesarios para construir su propia "tecnología espiritual", que le permita ponerse en comunicación con las estrellas por el "camino de la luz central".

El Sol es el alma de nuestro sistema solar, el manantial de luz que posee el secreto de la vida y de la muerte sobre los planetas. A nivel metafísico no cuesta concebir aquel lugar como el centro de la Consciencia planetaria, pues el hombre que nuestros sentidos conocen es el resultado de la acción solar sobre la Tierra. Si esto fuera así, solamente desde el Centro del hombre (desde el alma) se podría comprender plenamente (se comunicaría con) el Centro solar (el Logos solar) .

Análogamente, el núcleo misterioso de la Galaxia, alrededor del cual gira todo nuestro sistema planetario, podría ser la sede de la Consciencia de este pequeño universo estelar. Se dice que allí no puede existir la vida, pero quien así habla es el hombre vulgar, incapaz de observar la vida

como un granito de arena dentro de las infinitas playas de la Vida. De hecho hoy se están recibiendo comunicaciones que proceden, al parecer, del Corazón de la Galaxia. Y más allá, el Centro del Universo, en otra dimensión, sería la sede de una Consciencia incluso más vasta. Y ni siquiera esto sería el final. Pueden existir otros universos, quizás mucho más ricos en consciencia y formas de manifestación, que sólo se podrán alcanzar -o incluso concebir - si se anda el camino hacia el Gran Centro Cósmico, hacia aquel lugar del cual emanan todas las cosas.

Consideremos pues una serie de ideas directrices. Todo tiene un origen. Toda forma procede de su simiente: ésta es su idea, seguida de un acto de voluntad. En esto consiste la escisión de la Consciencia en el Cosmos y su experiencia separada, limitada en el mundo de las formas. Por ello el grado de Consciencia de un grupo social o un pueblo se manifiesta por lo que hace, y sin embargo es la Consciencia y no su manifestación, el Ser y no el hacer, el motor de toda sociedad, y de esto dependerá su futuro.

Y ello porque la voluntad del **Ser** plasma la idea que emana de la **Consciencia** al despertar el mágico poder generador: el Amor. Es cuando el Amor toma partido, dando nacimiento a la emoción, cuando crea o ingresa en la vida dual, con toda la secuela de gozos y sufrimientos, amores y desamores. Pero la Vida es mucho más que las emociones incontroladas del amor.

El conjunto de células que conforman un cuerpo muere; pero el conjunto de ideas que le dieron forma perdura. El río de las emociones fertiliza la tierra; pero el de los sentimientos riega los cielos.

«Todo está bien en vuestro mundo, pues así lo ha dispuesto Nuestro Creador y Dios. Mas es la pobre inteligencia humana la que transforma lo perfecto en imperfecto, la que pone trabas a la alegría y el amor. Vuestros tozudos pensamientos no saben canalizarse hacia la verdadera libertad.»
(Humiel)

«No hay mayor ignorante que aquél que niega la efectividad de la oración recitada con fe. No hay mayor pedante que aquél que se jacta de saberlo todo, mientras niega que la energía que a todo envuelve no pueda ser utilizada a vuestra voluntad.» (Zedekiel)

Toni Bennássar